

Buenos Aires Herald

Editor: Ronald Hansen

SUNDAY, AUGUST 26, 1990

Freedom of association

THE DECISION by a civil appeals court to deny legal status to the Argentine Homosexual Community (CHA) earlier this week, although shrouded in legalistic jargon, reeks of blatant discrimination by the court which takes upon itself the right to make subjective judgements about the virtues and defects of the homosexual part of society instead of simply evaluating the group's compliance with the necessary legal requirements to which all social, political and religious groups are subjected to be able to associate freely and legally in this country. In a democratic country all citizens are free only to do what is not legally forbidden and homosexuality between consenting adults happens to be a right enshrined in the Argentine constitution. Bearing this in mind, this court ruling appears to be singularly out of touch with reality but worse still with both the spirit of the law and its application and interpretation.

Discrimination or prejudice due to differences invariably leads to unfavourable distinctions being made by the stronger versus the weaker party on social, political, economic or legal grounds. History is full of cases such as anti-Semitism, Moslems versus infidels or whites versus blacks which have led to segregation, discrimination, social disabilities and — at its worst, when hatred is fuelled by fanaticism — to genocide. When recognized, discrimination is regarded as harmful on practical as well as moral grounds and is combated through legislation such as the British Race Relations Act, the US Civil Rights Act or the UN Convention on the Elimination of Racial Discrimination. This does not mean that reverse discrimination — the favouring of a disadvantaged group by measures aimed at rectifying discrimination — should be accepted.

Like all minority groups, homosexuals have a right to be represented by a legally recognized body if they so desire. Like everyone else they must do so within the law. To discriminate against this particular group leaves homosexuals in the most vulnerable position of being considered socially or genetically inferior to other members of society, and thus prime targets for other sectors of society which see them as some sort of adversary. Sadly, both local and international history shows us that extremists consistently seek scapegoats for their shortcomings, a process which usually starts with discriminating against political adversaries, making scapegoats of the foreigner, those of a different religion, colour or beliefs and ends up by systematically murdering anyone considered to be subordinate to their own petty projects. Once one floodgate of discrimination is opened, any number may follow and that is a risk a country like Argentina cannot afford the luxury of taking. The case against CHA affects not only those males and females less attracted to the opposite sex than to their own but also all freedom-loving people irrespective of their sexual preferences.

Libertad de asociación

LA DECISION de la Cámara de Apelaciones negando personería jurídica a la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), conocida a comienzos de semana, si bien envuelta en una jerga legalista, resume de flagrante discriminación por parte de un tribunal que se adjudica el derecho de hacer juicios subjetivos acerca de las virtudes y los defectos de la parte homosexual de la sociedad en lugar de limitarse a evaluar el cumplimiento de los necesarios requisitos legales a los cuales se hallan sujetos todos los grupos sociales, políticos y religiosos para poder asociarse libre y legalmente en este país. En una nación democrática todos los ciudadanos son libres sólo para hacer lo que no está legalmente prohibido y la homosexualidad entre adultos consintientes resulta ser un derecho consagrado por la Constitución argentina. Teniendo ésto en mente, este fallo de la Cámara parece hallarse singularmente alejado de la realidad, pero lo que es peor aún, tanto con el espíritu de la ley como con su aplicación e interpretación.

La discriminación o los prejuicios debidos a diferencias invariablemente conducen a distinciones desfavorables, plasmadas por los fuertes contra los débiles, con fundamentaciones sociales, políticas, económicas o legales. La historia está llena de casos de este tipo, como el antisemitismo, los musulmanes contra los infieles, o los blancos contra los negros, que provocaron segregación, discriminación, inhabilitaciones sociales y — en su peor aspecto, cuando el fanatismo fomenta el odio — genocidio. Cuando se la reconoce, se considera que la discriminación es dañina sobre una base práctica tanto como moral, y se la combate por medio de leyes tales como la Ley de Relaciones Raciales británica, la Ley de Derechos Civiles norteamericana o la Convención para la Eliminación de la Discriminación Racial de la ONU. Ello no significa que se deba aceptar la discriminación a la inversa, el favorecer a un grupo desprotegido con medidas destinadas a rectificar la discriminación.

Como todos los grupos minoritarios, los homosexuales tienen el derecho a ser representados por una asociación legalmente reconocida si así lo desean. Como todos los demás, deben moverse dentro de la ley. Discriminar contra este grupo en particular deja a los homosexuales en la posición más vulnerable de ser considerados social o genéticamente inferiores a otros miembros de la sociedad, y por ello blancos principales de otros sectores de la misma que los ven como una especie de adversarios. Lamentablemente, tanto la historia internacional como la argentina demuestran que los extremistas buscan sin cesar chivos expiatorios para sus falencias, proceso que por lo general comienza discriminando los adversarios políticos, haciendo cabezas de turco de los extranjeros, los de una religión, color o creencias diferentes y termina con el asesinato sistemático de todo el que consideran inferior a sus propios proyectos mezquinos. Una vez abierta una compuerta de discriminación, otras pueden abrirse y ese es un riesgo que un país como la Argentina no puede permitirse el lujo de correr. El caso contra la CHA afecta no sólo a aquellos hombres y mujeres menos atraídos por el sexo opuesto que por el suyo propio sino también a todos los amantes de la libertad, sin tener en cuenta sus preferencias sexuales.